

extremecido con su violento aroma de virilidad y volvían y evocaban los de los jardines pontificales, de los voluptuosos jardines romanos, desiertos y ardientes bajo el augusto sol. El día entero que había pasado se resumía y tomaba con toda claridad su total significación. Era el despertar fecundo, la eterna protesta de la naturaleza y de la vida, la Venus y el Hércules, á los que pueden ocultar durante siglos enteros bajo la tierra pero que, á pesar de todo, surgen un día, á los que pueden querer encerrar tras las murallas en el fondo del Vaticano dominador, inmóvil y testarudo, pero que reinan hasta allí y gobiernan soberanamente el mundo.



## VII

AL día siguiente, y después de un largo paseo, hallóse Pedro delante del Vaticano, sitio al que por una especie de obsesión iba á parar siempre, se encontró de nuevo con monseñor Nani. Era un miércoles por la tarde y el asesor del Santo oficio salía de su audiencia semanal con el papa, al que había dado cuenta de la sesión celebrada por la mañana por la sagrada congregación.

—¡Qué venturosa casualidad, hijo mío! Precisamente me estaba acordando de vos. ¿Deseáis ver en público á Su Santidad antes de que os reciba en audiencia particular?

Tenía, al decir esto, su gran aire de sonriente amabilidad, en la que apenas se traslucía la ligera ironía del hombre superior que lo sabía todo, que lo podía todo y preparaba todo.

—Sin duda alguna, monseñor,—respondió Pedro

un poco admirado por lo brusco de la oferta.—Toda distracción es bienvenida cuando se pierden días esperando.

—No, no perdéis vuestros días,—replicó el prelado con mucha viveza—pues miráis, reflexionáis y os instruís... En fin he aquí lo que hay. Sin duda no ignoráis que la gran peregrinación del dinero de San Pedro llega el viernes á Roma y será recibida el sábado por Su Santidad. Al día siguiente, domingo, se verificará otra ceremonia; Su Santidad dirá misa en la basílica. Me quedan aún algunas tarjetas; he aquí dos con sitios muy buenos para esos días.

Sacó del bolsillo una cartera muy elegante y adornada con cifra de oro, y de ella dos tarjetas, una verde y otra rosa que entregó al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Si supiéseis con qué afán las buscan! Ya recordaréis á esas dos señoras que tantos deseos tienen de ver al Santo Padre; pues bien, no he querido insistir demasiado para obtenerlas una audiencia y han tenido que contentarse con las tarjetas que las he dado... Sí, el Padre Santo está un poco cansado... Acabo de verle y le encontré febril y pálido, pero tiene tanta fuerza de voluntad, que solo vive para el alma.

Reapareció su sonrisa, con su ironía apenas perceptible.

—Ahí se encuentra un gran ejemplo para los impacientes, querido hijo mío. He sabido que el excelente monseñor Gamba del Zoppo no ha podido hacer nada en vuestro obsequio; pero no conviene que os aflijáis de una manera extraordinaria. Permitidme que os repita que esta larga espera es seguramente una gracia que os hizo la Providencia, para que os informéis obligándoos á comprender cosas que vosotros, clérigos france-

ses, no acertáis, por desgracia, á explicaros cuando venís á Roma .. Y todo eso tal vez evitará que cometáis alguna falta... Vamos, calmaos, pensad que los acontecimientos dependen de la mano de Dios y solo se verificarán en la hora fijada por su divina sabiduría.

Tendióle la mano, bien cuidada, flexible y gordita, mano fina de señora, pero cuya presión tenía la fuerza de un torno de hierro y subió á su coche que le estaba esperando.

Precisamente la carta que había recibido del vizconde Filiberto de la Choue era una prolongada exclamación de rencor y de desconsuelo con motivo de la gran peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Escribía en la cama, en la que le tenía postrado un fuerte ataque de gota que le impedía ir con la peregrinación; pero lo que hacía que llegase al colmo su pena, era que el presidente del comite, encargado naturalmente de presentar la peregrinación al papa, resultaba ser el barón de Fouras, uno de sus más encarnizados adversarios del antiguo partido católico conservador. Y no dudaba ni un momento que el barón aprovecharía aquella ocasión tan propicia para influir en el ánimo del papa para que triunfase su teoría de las corporaciones libres, mientras que el vizconde no creía posible la salvación del catolicismo y del mundo, más que con el sistema de corporaciones cerradas, obligatorias. Por esto suplicaba á Pedro que trabajase con los cardenales que le eran favorables y hasta que intentase ver al Santo Padre, y no se fuese de Roma sin llevarle la augusta protección, que era la única que podía dirimir la contienda. La carta daba además interesantes pormenores acerca de la peregrinación; tres mil peregrinos procedentes de todos los países y que los obispos y superior-

res de distintas congregaciones acompañaban desde Francia, Bélgica, España, Austria y hasta desde Alemania. Francia era la que estaba más ampliamente representada, por un grupo de cerca de dos mil peregrinos. En París había funcionado un comité internacional para organizarlo todo, y fué una tarea muy delicada, porque se hizo propósito una mezcla de miembros de la aristocracia, de cofradías formadas por señoras de la clase media, de asociaciones obreras, y en ese comité estaban confundidas clases, sexos y edades, fraternizando con la misma fé. Y el vizconde añadía que la peregrinación, que llevaba millones al papa, había escogido la fecha de su presentación de tal modo, que resultaba una protesta del catolicismo universal contra las fiestas del 20 de Septiembre con que el Quirinal celebraba el glorioso aniversario de la Roma capital.

Pedro no desconfió y creyó que no tenía que apresurarse, y para presenciar la solemnidad que debía verificarse á las doce, fué á las once. El local señalado era el salón de las Beatificaciones, grande y hermosa sala, que se halla situada encima del pórtico de San Pedro y que han convertido en capilla con posterioridad á 1890. Una de sus ventanas se abre sobre la logia central, desde la que en otros tiempos el papa recién elegido bendecía al pueblo, á Roma y al mundo. La preceden otras dos salas: la Real y la Ducal. Y cuando Pedro quiso dirigirse á ocupar el puesto á que le daba derecho su tarjeta verde, dentro de la sala misma de las beatificaciones, encontrósese con que las tres estaban de tal modo ocupadas por una multitud compacta, que tropezó con los obstáculos más grandes para abrirse camino. Hacía una hora que se estaban ahogando de esa manera, con la fiebre ardiente y la emoción, que iba por

momentos en aumento, de las tres ó cuatro mil personas encerradas en aquellas salas. Pudo al cabo llegar hasta la puerta de la tercera sala, pero se desalentó al ver el extraordinario amontonamiento de cabezas y no intentó ir más allá.

Esa sala de las Beatificaciones que, poniéndose de puntillas podía abarcar con una sola mirada, era de gran riqueza, y estaba dorada y pintada bajo el elevado y severo artesonado. Enfrente de la entrada y en el sitio que de ordinario ocupaba el altar, habían colocado en un estrado no muy alto el trono pontifical, un gran sillón de terciopelo rojo, cuyo respaldo y brazos dorados resplandecían con extraordinario brillo. Los cortinajes del solio, también de terciopelo rojo, caían detrás en pliegues, como dos grandes alas de púrpura. Lo que le interesó más, lo que más le pasmó fué aquella multitud, una multitud de desenfadada pasión, tal cual no la había visto jamás, de cuyos corazones oía los grandes latidos y cuyos ojos engañaban el ansia febril de la espera, contemplando, adorando el trono vacío.

¡Ah! Aquel trono lo deslumbraba, los turbaba, llegando hasta el éxtasis de las almas devotas, tanto como el Viril en que Dios en persona iba á dignarse á ocupar un sitio. Había allí obreros endomingados, con ingenuas miradas de niño y rudos rostros en éxtasis, señoras burguesas, con el traje negro reglamentario empalidecidas por una especie de terror sagrado en el exceso de su deseo, caballeros con frac y corbata blanca, gloriosos y envanecidos por la convicción de que salvaban á la Iglesia y á los pueblos. Un grupo de éstos llamaba la atención en un sitio de preferencia delante del trono, todo un pelotón de fracs negros, los miembros del comité internacional, á cuya cabeza figuraba triun-

falmente el barón de Fouras, hombre de unos cincuenta años, muy alto, muy grueso y rubio, que se movía y agitaba sin cesar dando órdenes como un general en la mañana de una victoria decisiva. Después, en medio de la masa gris y neutra de los trajes, resaltaba acá y acullá la seda violeta de la ropa talar de algún obispo, porque cada pastor había querido quedarse con sus ovejas; mientras que los regulares, padres ó superiores, con sus hábitos oscuros, negros ó blancos, dominaban con sus cabezas barbudas ó afeitadas. A derecha é izquierda flotaban algunas banderas que las congregaciones ó asociaciones llevaban al papa. Y la ola subía oyéndose un ruido de mar que se henchía, y tal amor impaciente se exhalaba de aquellos rostros humedecidos por el sudor, de los ojos ardientes, de las hambrientas bocas, que el aire estaba como espesado y oscurecido con el olor pesado de aquel pueblo allí amontonado.

De pronto vió Pedro cerca del trono á monseñor Nani quien, habiéndole reconocido desde lejos le hacía señales para que se acercase, y como respondiese con un signo lleno de modestia que prefería quedarse en donde estaba, el prelado se obstinó á pesar de todo y envió un hugier en su busca con órden de que le abriese paso. Cuando el hugier le hubo acompañado á su lado, le dijo:

—¿Porqué no veniais á ocupar vuestro sitio? La tarjeta que teneis os da derecho á estar aquí á la izquierda del trono.

—A la verdad,—respondió el presbítero—como tenía que molestar á tanta gente no he querido pasar. Y además este es demasiado honor para mí.

—No, no, y si os la dí, fué para que ocupáseis el sitio en ella designado. Deseo que estéis en primera fila

para que lo podáis ver todo, para que no perdáis ni el menor detalle de la ceremonia.

Pedro no pudo hacer otra cosa más que darle las gracias. Vió entonces que muchos cardenales y prelados de la familia pontifical esperaban á los dos lados del trono. En vano buscó al cardenal Boccanera que no se presentaba en San Pedro ó en el Vaticano, más que en los días en que su servicio le obligaba á hacerlo. Pero reconoció al cardenal Sanguinetti, alto y fuerte y con el rostro coloreado por la sangre, que estaba hablando en voz bastante alta con el barón Fouras. Un momento después se le unió monseñor Nani el que, con su acostumbrada amabilidad le enseñó otras dos eminencias que tenían la importancia de altos y elevados personajes: el cardenal Vicario, hombre pequeño y obeso, de rostro calenturiento, abrasado por la ambición, y el cardenal Secretario, robusto, huesoso, hecho á hachazos, tipo romántico del bandido siciliano que hubiese decidido dedicarse á la discreta y sonriente diplomacia eclesiástica. A pocos pasos y apartado, hallábase el gran Penitenciario, silencioso, de aspecto enfermizo y dolido del que sufre y de un perfil delgado y grisiento de asceta.

Dieron las doce. Hubo una explosión de falsa alegría, una emoción procedente de las otras salas y que fué como una oleada profunda. Ese movimiento debíase tan sólo á que los hugieres hacían abrir paso á la multitud para que pudiese cruzar por allí el cortejo. Y de pronto, en el fondo de la primera sala oyéronse aclamaciones que salieron de allí, se aumentaron y acercaron. Aquella vez era el cortejo. A la cabeza de éste marchaba un pelotón de guardias suizos, con uniforme de diario, mandado por un sargento; después los portadores de la silla gestatoria con sus trajes rojos, luego

seguían los prelados de la corte pontificia entre los que figuraban los cuatro camareros secretos participantes. Por último entre dos pelotones de guardias nobles de media gala, iba el Padre Santo á pié, solo, sonriendo con pálida sonrisa, bendiciendo con lentitud á derecha é izquierda. Con él los clamores de las salas vecinas se engolfaron en la de las Beatificaciones con una violencia de amor convertida en locura, y bajo la debil y blanca mano que bendecía todos aquellos séres trastornados por la emoción, cayeron de rodillas y no había por el suelo más que un aplastamiento de ese pueblo devoto como anonadado por la aparición del dios.

Pedro, sobrecogido, estremeciósse y se arrodilló como los demás. ¡Ah! ¡Esa supremacía, ese contagio irresistible de la fé, del temido soplo del más allá, duplicándose en medio de una decoración y de una pompa de soberana grandeza! Reinó entonces un profundo silencio cuando León XIII se sentó en el trono rodeándole los cardenales y su corte, y desde luego empezó la ceremonia con arreglo al rito y á la costumbre. El primero que habló y para hacerlo se arrodilló, fué un obispo, para poner á los piés de Su Santidad la ofrenda de la cristiandad entera. Siguióle el presidente del comité, barón de Fouras que, en pié, leyó un largo discurso en el cual presentó la peregrinación, explicando su objeto dándole toda la gravedad y alcance de una protesta á la vez política y religiosa. Aquel hombre tan grueso tenía una voz chillona, penetrante, y las frases se le escapaban como el chirrido de una barrena. Manifestaba cuan grande era el dolor del mundo católico ante la expoliación de que era víctima desde hacía un cuarto de siglo la Santa Sede; la voluntad de todos los pueblos, representados allí por peregrinos, de consolar al Jefe supremo y vene-

rado de la Iglesia, llevándole el óbolo de los ricos y de los pobres, el dinero de los más humildes, para que el papado pudiese vivir orgulloso, independiente y despreciando á sus adversarios. Habló también de Francia, deplorando sus errores y profetizando su retorno á las sanas tradiciones y dando á entender orgullosamente que era la más opulenta, la más generosa, cuyos regalos afluían á Roma en un rio no interrumpido.

Levantóse al fin León XIII, y respondió al obispo y al barón. Su voz era gruesa, pronunciadamente nasal, una voz que sorprendía al oírla salir de su cuerpo tan endeble. En pocas frases dijo cuan grande era su gratitud y cuanto se conmovía su corazón con aquella adhesión de las naciones al papado. En vano los tiempos eran y tal vez serían malos porque el triunfo final estaba cercano. Signos evidentes revelaban que el pueblo volvía á la fé, que muy pronto habían de cesar las iniquidades volviendo en breve bajo el universal reinado de Cristo. En cuanto á Francia ¿no era la hija predilecta, la primogénita de la Iglesia, que había dado tantas pruebas de afecto á la misma y que por estono podía nunca dejar de amarla? Levantando después el brazo, bendijo á todos los peregrinos presentes, á las sociedades y congregaciones que representaban, á sus familias y á sus amigos, á Francia y á todas las naciones católicas; para agradecerles el precioso auxilio que le enviaban. En el momento en que volvió á sentarse estallaron salvas de aplausos, pero salvas frenéticas, que duraron más de diez minutos, mezclándose con vítores, con gritos inarticulados, con un desencadenamiento de tempestad que hacía retemblar la sala.

Y bajo el viento de aquella furiosa adoración, contempló Pedro á León XIII, que se había quedado in-

móvil en su trono. Ceñida la tiara, con los hombros cubiertos con el rojo manto adornado de armiño; tenía, con su amplia sotana blanca, la hierática rigidez del ídolo que veneran doscientos cincuenta millones de cristianos. Sobre el fondo rojo de la púrpura de los cortinajes del solio, entre aquel apartamiento alado de las tapicerías, en los que ardía como una hoguera de gloria, tenía aquella figura verdadera majestad. No era el anciano caduco de paso entrecortado y vacilante y de cuello inclinado de pobre pájaro enfermo. La pronunciada fealdad del rostro, la nariz demasiado grande y la boca hendida con exceso, los rasgos borrosos y secos, desaparecía todo ello. En aquella faz de cera no se distinguían más que unos ojos admirables, negros y profundos, ojos de eterna juventud, de una inteligencia y de una penetración extraordinarias. Además, todo eso era un erguimiento voluntario de toda la persona, una conciencia de la eternidad que representaba, una nobleza y realza que procedía de no ser más que un soplo, un alma pura en un cuerpo de marfil y tan transparente que ya se veía aquel alma como libertada de los lazos de la tierra. Y entonces recapacitó Pedro lo que semejante hombre, el pontífice soberano, el rey obedecido por doscientos cincuenta millones de súbditos debía ser para las devotas y dolientes criaturas que iban á adorarle desde tan lejos, deslumbradas á sus pies por el resplandor de los poderes que representaba. A su espalda, en la encendida púrpura de los cortinajes ¡que brusca abertura sobre el más allá, que infinito de ideal y de gloria cegadora! En un solo sér, el Elegido, el Único, el Sobrehumano, cuantos siglos de historia se reunían desde el apóstol San Pedro, y cuanta fuerza, génio, luchas y triunfos! ¡Y qué milagro sin cesar re-

producido, el cielo dignándose bajar á aquella carne humana, Dios habitando en aquel servidor que El escogió, al que pone aparte, al que consagra por cima de la inmensa multitud de los otros vivientes, dándole todo poder y toda ciencia! ¡Qué sagrada turbación, qué emoción de acendrada ternura al ver á Dios en un hombre, al ver á Dios allí sin cesar en el fondo de los ojos, hablando con su voz y emanando de cada uno de sus gestos de bendición! ¿Se puede imaginar nada como ese absolutismo exorbitante de un monarca infalible, la autoridad total en este mundo y la salvación en el otro, Dios visible? ¡Y cómo se comprendía el vuelo que hacia él tomaban las almas devoradas por la necesidad de creer, el aniquilamiento en él de las almas que encontraban al cabo la certidumbre tan buscada y el consuelo de entregarse y de desaparecer en el mismo Dios!

La ceremonia se terminaba y el barón de Fouras presentó al papa los miembros del comité, así como á otros personajes importantes que acompañaban á la peregrinación. Fué un lento desfile de temblorosas genuflexiones acompañadas del beso voraz al anillo y al pie. Después siguió el ofrecimiento de las banderas y estandartes y á Pedro se le oprimió dolorosamente el corazón al reconocer que el más rico y suntuoso era el de Lourdes, enviado por los padres de la Inmaculada Concepción. Sobre la blanca seda bordada, estaba á un lado y pintada la Virgen de Lourdes y al otro el retrato de León XIII. Vióle sonreír á su imagen y tuvo una pena muy grande, como si todo su ensueño de un papa intelectual, evangélico y libre de vulgarísimas supersticiones, desapareciese. Y fué en ese momento cuando su mirada se cruzó otra vez con la de monseñor Nani,

que no dejó de mirarle ni un solo instante desde que dió principio la ceremonia, estudiando todas sus impresiones con el aire curioso de un hombre que se propone hacer un experimento.

Monseñor Nani se le acercó diciéndole:

—¡Es soberbio ese estandarte y qué alegría para Su Santidad al ver que han reproducido tan bien su imagen al lado de esa Santa Virgen.

Observando que el presbítero, que se había puesto muy pálido, no respondía, añadió:

—Queremos mucho á Lourdes en Roma ¡es tan deliciosa la historia de esa Bernadetta! (1)

Y lo que pasó á continuación fué tan extraordinario, que Pedro se quedó durante mucho tiempo trastornado. Había presenciado en Lourdes espectáculos de inolvidable idolatría, escenas de fe ingénuas, de exasperada pasión religiosa, que le hacían estremecer aún de inquietud y de dolor; pero ni las multitudes que se agolpaban en la Gruta, ni los enfermos que espiraban de amor delante de la estatua de la Virgen, todo un pueblo en fin, delirante por el contagio del milagro, nada, nada se aproximaba al viento de locura que levantó, arrastró á los peregrinos hasta los pies del papa. Los obispos, los superiores de las congregaciones y de las órdenes, los delegados de todas clases se adelantaron para depositar al pie del trono las ofrendas que llevaban del mundo católico entero, la colecta universal del dinero de San Pedro. Era el impuesto voluntario de un pueblo á su soberano, plata, oro, billetes de Banco, cerrados en bolsas, portamonedas y carteras. Tras ellos fueron las señoras las que se postraron de rodillas para presentar los bolsillos de seda ó de terciopelo que ha-

(1) Véase la obra *Lourdes*, publicada por esta casa.—N. del E.

bían bordado ellas mismas. Y otras habían mandado hacer con diamantes en las carteras, las iniciales de León XIII. La exaltación llegó en un momento á tal grado, que algunas mujeres se despojaron de todo y arrojaron su portamonedas y cuanto dinero llevaban encima. Una, muy hermosa, morena, delgada y alta, se arrancó cadena y reloj del cuello, se quitó las sortijas, echándolo todo en la alfombra del estrado. Habríanse todas arrancado su carne para que saliese su corazón ardiendo en amor y arrojarlo también, y hasta ellas enteras sin guardar nada de sí. Fué aquello una lluvia de presentes, el don total, la pasión que se despoja en obsequio del objeto de su culto, considerándose dichosa al no tener nada que no sea de él también. Y esto sucedió en medio de un clamor creciente, de vivas, que se habían reanudado otra vez, de agudos gritos de adoración, mientras que se producían cada vez empellones más violentos, afanándose todos y cediendo á la irresistible necesidad de besar al ídolo.

Dióse una señal y León XIII se apresuró á bajar del trono y á ocupar un sitio en el cortejo para dirigirse á sus habitaciones. La guardia suiza contenía energicamente á la multitud, tratando de abrir paso á través de las tres salas; pero al ver que Su Santidad se disponía á marcharse, levantóse un clamor de desesperación que fué en aumento, lo mismo que si el cielo se hubiese cerrado bruscamente ante aquellos que aún no habían podido acercarse. ¡Qué decepción más cruel, haber tenido visible á Dios, y perderle antes de ganar su salvación, nada más que tocándole! Los empellones fueron tan terribles, que estalló una confusión espantosa que barrió á los guardias suizos. Allí se vió á mujeres precipitarse tras el papa, arrastrándose á gatas por el rico

enlosado de mármol, para besar sus huellas y beber el polvo de sus pasos. La hermosa señora morena, caída al pié del trono, habíase desmayado lanzando un gran grito y dos individuos del comité la sujetaban con el objeto de impedir que se lastimase con el fuerte ataque de nervios que la convulsionaba. Otra, una rubia gruesa, se encarnizaba comiéndose con los labios, y presa como de un delirio, los brazos del dorado sillón en donde se había apoyado el pobre codo del débil anciano. Notáronlo otras, y fueron á disputárselo, apoderándose de los dos brazos, del terciopelo, pegando sus bocas á la madera y á la tela, mientras que sus cuerpos se agitaban con convulsivos sollozos. Fué preciso emplear la fuerza para arrancarlas de allí.

Cuando terminó todo aquello, á Pedro le pasó lo que al que despierta de una pesadilla penosa; tenía el corazón oprimido y en rebelión la razón. Y encontróse con la mirada de monseñor Nani que no la apartaba de él ni un momento.

—¿No es verdad que ha sido una ceremonia soberbia?—preguntó el prelado.—Esto consuela de muchas iniquidades.

—Sí, no hay duda, ¡pero que idolatría!—no pudo por menos de murmurar el presbítero.

Limitóse monseñor Nani á ronreir sin hacer caso de las palabras, como si no las hubiese oído. En aquel momento las dos señoras francesas, á las que diera tarjetas, se acercaron para manifestarle su agradecimiento y Pedro se quedó sorprendido al reconocer en ellas á las que le habían acompañado en la visita á las Catacumbas, la madre y la hija, tan hermosas, alegres y sanas. No estaban muy entusiasmadas con el espectáculo; pero declararon que estaban muy satisfechas por ha-

berlo contemplado, por ser una cosa asombrosa, única en el mundo.

Bruscamente y en medio de la muchedumbre que se retiraba sin prisa, sintió Pedro que le tocaban en el hombro, y al volverse vió á Narciso Habert muy entusiasmado también.

—Os estuve haciendo señas, pero no me visteis señor abate. ¡Eh! Esa mujer morena que cayó rígida con los brazos en cruz tenía una expresión admirable! Una obra maestra de los tiempos primitivos, un Cimabue, un Giotto, un Fra Angélico! ¿Y las otras? Esas que se comían á besos el sillón ¡que grupo de suavidad, belleza y amor! Nunca faltó á estas ceremonias, porque en ellas siempre hay cuadros, espectáculos de almas.

Con gran lentitud íbase deslizado la enorme oleada de peregrinos, bajando la escalera, dominádoles la fiebre ardiente cuyo estremecimiento persistía aún. Y Pedro, seguido de monseñor Nani y de Narciso que sostenían animada conversación, reflexionaba bajo el tumulto de las ideas que golpeaban su cráneo. ¡Ah! Ciertamente, era muy grande y hermoso aquel papa que se había encerrado en el fondo de su Vaticano, que aumentó en la adoración y en el terror sagrado de los hombres á medida que desaparecía más, que se convertía en un espíritu puro, en una pura autoridad moral desprendida de todo cuidado moral. Había allí una espiritualidad, un vuelo hacia el pleno ideal, que le removió profundamente, porque su ensueño del cristianismo rejuvenecido, reposaba en ese poder purificado y únicamente espiritual del jefe supremo y acababa de asegurarse de cuanto ganaba en magestad y supremacía, ese soberano pontífice del más allá, á los piés del que se desmayaban las mujeres que tras él veían á



Dios. Pero al mismo tiempo, en el mismo minuto, había visto presentarse la cuestión de dinero, echando á perder su alegría, haciéndole pensar en que debía estudiar el problema. Si el abandono forzado del poder temporal había engrandecido al papa, librándole de las miserias de reyezuelo siempre amenazado, la necesidad de dinero seguía como una bala atada á sus piés, y que le sujetaba al suelo. Puesto que no podía aceptar la subvención del reino de Italia, la idea verdaderamente conmovedora del dinero de San Pedro, debía haber librado á la Santa Sede de todo cuidado material, con la condición de que ese dinero, fuesen los cinco céntimos del católico, el óbolo de cada fiel, tomado del pan cotidiano, enviado directamente á Roma, yendo desde la humilde mano del que lo daba, á la augusta mano del que lo recibía; sin contar con que semejante impuesto voluntario pagado por el rebaño á su pastor, bastaría para el sostenimiento de la Iglesia, si cada cabeza de los doscientos cincuenta millones de católicos daba sencillamente sus cinco céntimos por semana. De este modo el papa debiendo á todos, á cada uno de sus hijos, no debería nada á nadie; ¡es tan poca cosa ese sueldo, esos cinco céntimos, y una cosa tan fácil, tan enternecedora!

Por desgracia las cosas no pasaban así, el mayor número de los católicos no daban nada, los más ricos enviaban grandes cantidades por pasión política, y sobre todo esos dones se concentraban entre las manos de los obispos y de ciertas congregaciones, de tal modo, que los verdaderos donantes parece que son esos obispos, esas poderosas congregaciones que se convertían en los bienhechores del papado, en las cajas indispensables de que éste sacaba su vida. Los pequeños y los humildes,

cuyo óbolo formaba el tronco, estaban como suprimidos; era de los intermediarios, de los grandes señores regulares ó seculares de los que dependía el papa, forzado desde luego á contemporar con ellos, á escuchar sus quejas y deseos, obedeciendo á veces á sus pasiones, si no quería quedarse sin sus limosnas. Aliviado del peso del poder temporal, no podía considerarse libre del todo, si no hasta cierto punto tributario de su clero, teniendo que contar á su alrededor con demasiados apetitos é intereses para ser el amo altanero, puro, todo alma, el señor capaz de salvar al mundo. Y Pedro recordaba la gruta de Lourdes que había visto en los jardines del Vaticano, el estandarte de Lourdes que acababa de ver, y sabía además que los padres de Lourdes separaban todos los años una suma de doscientos mil francos de lo que recogían para la Virgen para enviarlos como regalo al Santo Padre; ¿no sería esta la razón de su gran influencia? Se estremeció y tuvo conciencia de pronto de que, á pesar de su presencia en Roma, apesar del apoyo del cardenal Berge-rot, sería derrotado y condenado su libro.

Por último, cuando desembocaba en la plaza de San Pedro, entre el último pelotón de peregrinos oyó á Narciso que preguntaba:

—¿Es de veras que creéis que los dones de hoy han excedido de esa suma?

—¡Oh! Sí, más de tres millones, estoy convencido de ello,—respondió monseñor Nani.

Los tres detuviéronse un momento bajo la columnata de la derecha, contemplando la inmensa plaza iluminada por el sol en que se esparcían tres mil peregrinos, semejantes á manchitas negras, á un hormiguero en revolución.

¡Tres millones! Esa cifra resonó en los oídos de Pedro que levantó la cabeza y contempló, al otro lado de la plaza las fachadas del Vaticano doradas todas por el sol, bajo el infinito de aquel cielo azul, como si hubiese querido seguir, á través de las paredes, el paso de León XIII, dirigiéndose á sus habitaciones, cruzando por galerías y salas; desde abajo veía las ventanas de esas habitaciones. Imaginaba verle cargado con los tres millones, llevándose encima, entre sus débiles brazos cruzados sobre el pecho esos billetes, oro, plata y hasta las alhajas que las mujeres habían echado á sus pies. De pronto, de una manera inconsciente, habló en alta voz.

—¿Y qué va á hacer con esos tres millones? ¿A dónde se va con ellos?

Narciso, y hasta el mismo monseñor Nani, no pudieron por menos de echarse á reír ante una curiosidad formulada de aquella manera. Fué el primero quien respondió:

—Pues Su Santidad se los lleva á su cuarto ó al menos hace que los lleven delante de él: ¿no os fijastéis en dos personas del séquito que lo recogían todo y que tenían los bolsillos llenos lo mismo que las manos? Y ahora Su Santidad está encerrado á solas, pues despidió á todo el mundo y corrió con mucho cuidado los cerrojos de las puertas... Y si fuese posible que vuestra vista penetrase á través de esa fachada, le veríais contar y recontar su tesoro con satisfecha atención, poniendo á un lado los cartuchos de oro, metiendo en sobres los billetes de banco, haciendo de todo paquetitos iguales para colocarlo todo luego ordenadamente en el fondo de escondrijos que él solo conoce.

Mientras que hablaba su compañero levantó Pedro

la cabeza fijando sus miradas en las ventanas del papa como si pudiese presenciar la escena. Narciso, entretanto, continuaba sus explicaciones diciendo que, en la habitación y junto á la pared de la derecha, había cierto mueble en donde se guardaba el dinero. Algunos otros hablaban también de los profundos cajones de una mesa escritorio y otros, en fin, aseguraban que en el fondo de la alcoba, que era muy grande, el dinero dormía en grandes maletas encadenadas. Había además efectivamente á la izquierda del corredor que conducía al Archivo una gran pieza en la que estaba el cajero general con una monumental caja de caudales de tres departamentos; pero allí estaba el dinero del Patrimonio de San Pedro, los tributos administrativos cobrados en Roma, mientras que el caudal del dinero de San Pedro, las limosnas de la cristiandad entera, quedábanse entre las manos de León XIII que era el único que sabía á cuanto ascendía y que vivía á solas con aquellos millones de los que disponía como dueño absoluto, sin dar cuentas á nadie. Así que no salía nunca de su cuarto mientras que los criados lo limpiaban y arreglaban y apenas consentía en permanecer en el dintel de la habitación inmediata para evitar el polvo. Y cuando debía ausentarse durante algunas horas para bajar á los jardines ó ir á cualquier ceremonia cerraba las puertas con doble vuelta de llaves y se llevaba estas en el bolsillo sin que jamás las confiase á nadie.

Narciso calló un momento y encarándose con monseñor Nani, añadió:

—¿No es cierto monseñor? Estos son hechos de que toda Roma está al corriente.

El prelado que sonreía y meneaba la cabeza, sin aprobar ni desaprobado, se había puesto á observar con

mucha atención en el rostro de Pedro la impresión que á éste producían semejantes historias.

—Sin duda... sin duda, pues se dicen tantas cosas. No lo sé por mí, pero puesto que vos, señor Habert, lo sabéis...

—¡Ah!—exclamó éste.—Conste que no acuso á Su Santidad de sórdida avaricia como suelen hacerlo por ahí. Circulan por esas calles muchos rumores de que tiene cofres llenos de oro en los que se pasa las horas metiendo las manos y que posee tesoros amontonados en los rincones, solo para tener el gusto de contarlos y recontarlos sin cesar... Solo que, se puede admitir que á Su Santidad le gusta un poco el dinero por que lo es, por el placer de tocarlo, de ordenarlo, cuando está solo. Es esto una manía muy excusable en un viejo que no tiene otra distracción. Y me apresuro á añadir que tiene afición al dinero más aun que por nada, por la fuerza social que lleva en sí, por el apoyo decisivo que puede proporcionar mañana al papado si quiere vencer.

Entonces se elevó muy alta la figura de ese papa, prudente y sagaz, que teniendo conciencia de lo que son las necesidades modernas, se inclina á usar los medios poderosos del siglo para conquistarle, haciendo negocios, y habiendo hasta corrido el riesgo de perder en un desastre el tesoro dejado por Pío IX y queriendo reparar la brecha, reconstituir ese tesoro, con objeto de legarlo sólido y acrecentado á su sucesor.

¡Económico, ahorrador!

Sí, pero económico y ahorrador para las necesidades de la Iglesia que sabía cuan inmensas son, más grandes cada día y de una importancia vital si quiere combatir el ateísmo en el terreno de las escuelas, de las

instituciones y de las asociaciones de todas clases. Sin dinero, la Iglesia no era más que una vasalla, á la merced de los poderes civiles del reino de Italia y de otras naciones católicas. Y era de esta manera como aun siendo caritativo y sosteniendo con largueza las obras útiles, las que ayudan al triunfo de la Fé, sentía un gran desprecio hacia los gastos sin objeto, mostrando una gran dureza en ese punto, no sólo para con los otros si no hasta con él mismo. Personalmente no tenía necesidades. Al principio de su pontificado separó con toda claridad su pequeño patrimonio privado, del rico patrimonio de San Pedro, negándose rotundamente á distraer nada de éste para auxiliar á los suyos. Nunca ha habido un soberano pontífice que haya cedido menos á los impulsos del nepotismo; hasta el extremo de que sus tres sobrinos y dos sobrinas, seguían siendo pobres y pasando por grandes apuros pecuniarios. Respecto á este punto no oía ni las hablillas ni las quejas, ni le hacían mella las acusaciones, pues seguía siendo intratable y recto, defendiendo con ruda energía los millones del papado contra tantas y tantas encarnizadas codicias, lo mismo contra los que le rodeaban que contra su familia, animándole el orgullo de dejar á los papas futuros el arma invencible, el dinero que dá la vida.

—Pero en resumen ¿cuáles son los ingresos y cuales los gastos de la Santa Sede?—preguntó Pedro.

Apresuróse monseñor Nani á responder con un ligero gesto evasivo:

—Confieso que en esa materia mi ignorancia es grande. Dirigíos al Señor Habert que está tan bien enterado.

—¡Dios Santo! No sé ni más ni menos,—declaró éste,—que lo que se sabe en todas las embajadas, eso

que se repite corrientemente... Es preciso distinguir en cuanto á los ingresos... Antes había el tesoro dejado por Pio IX, una veintena de millones, colocados en distintos negocios y que producían poco más ó menos un millón; pero, como ya os dije antes, hubo un desastre, por más que, según dicen, lo repararon inmediatamente. Después, aparte de las rentas fijas que producen los capitales colocados, hay unos cuantos centenares de miles de francos que producen, año bueno con año malo, los derechos de cancillería de todas clases, los títulos nobiliarios y esos mil pequeños gastos que perciben las congregaciones... Sólo que como el presupuesto de gastos pasa de siete millones ya veis que es necesario buscar seis millones todos los años, y con seguridad que es el dinero de San Pedro el que los proporciona, no diré los seis, pero sí lo menos tres ó cuatro con los cuales se ha especulado para poder doblarlos y unir los dos extremos. Sería muy larga de contar esa historia de las especulaciones de la Santa Sede, desde hace quince años. Los primeros fueron de ganancias enormes hasta que vino la catástrofe que, á poco más, lo hace desaparecer todo, y por último, la obstinación en los negocios que á la postre logró tapar poco á poco todos los agujeros. Algún día os la contaré si teneis mucho interés en conocerla.

Escuchábase Pedro con mucha atención.

—¡Seis millones!—exclamó—¡Hasta cuatro! ¿Cuán-  
to es pues lo que produce el dinero de San Pedro?

—¡Oh! Lo que es en cuanto á eso os repito que na-  
die lo ha podido saber con exactitud. En otros tiempos  
los periódicos católicos publicaban listas con las cifras  
de las ofrendas y por aproximación, se podía calcular  
lo que aquello producía. Pero á la cuenta creyeron que

ese sistema no daba buenos resultados, porque no ha  
vuelto á publicarse ninguna relación de esa clase, y es  
radicalmente imposible formarse una idea ni aún re-  
mota de lo que el papa recibe. Vuelvo á decir que él  
solo es el que recibe ese dinero, lo guarda, y dispone de  
el como dueño soberano. Es de creer que los años bue-  
nos, esos donativos producen de cuatro á cinco millo-  
nes. En otros tiempos Francia sola aportaba cerca de la  
mitad de esa suma, pero hoy dá muchísimo menos.  
América también dá bastante. Vienen después Bélgica,  
Austria, Inglaterra y Alemania. En cuanto á España é  
Italia.... ¡Ah! Italia....

Sonrióse Narciso mirando á monseñor Nani, que,  
con gran beatitud meneaba suavemente la cabeza, con  
el aire de un hombre al que encantan las cosas curiosas  
que oye contar por primera vez.

—¡Ah! ¡Seguid, hijo mio, seguid!

—¡Ah! Italia se distingue muy poco en eso. Si el  
papa no tuviese para vivir más que los donativos de los  
italianos estoy seguro de que el hambre pronto reinaría  
en el Vaticano. Es más, se puede decir que en vez  
de acudir en su ayuda la nobleza romana, le cuesta  
muy cara al papa, porque una de las causas de sus pér-  
didas ha sido el dinero que prestó á los príncipes que  
especulaban.... En realidad no hay más que Francia é  
Inglaterra en donde particulares muy ricos, ó grandes  
señores, han hecho al papa, prisionero y mártir, régias  
limosnas.

Se cita á un duque inglés, que todos los años traía  
una ofrenda considerable á consecuencia de un voto  
hecho para obtener del cielo la curación de un mísero  
hijo suyo, víctima de imbecilidad... Y no tengo para  
que hablar de la singular cosecha realizada durante el